

Los múltiples abordajes del desarrollo sostenible

Por Juan Carlos Sánchez M. Junio de 2020.

El desarrollo sostenible volvió a surgir o, como se dice popularmente, se puso de moda otra vez.

Recordemos que fue en 1987, en una reunión de Naciones Unidas celebrada en Estocolmo, cuando hizo su aparición oficial en un informe denominado Nuestro Futuro Común, o informe Brundtland, que decía, palabras más palabras menos, que el desarrollo sostenible consistía en un esfuerzo para atender las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para atender las propias, y su propósito fue replantear las políticas de desarrollo económico de la globalización, que estaban siendo muy cuestionadas en ese momento.

No fue que este tema surgió de paneles de discusión de expertos en Naciones Unidas, porque ya se venía trabajando varios años antes. Lo cierto es que a partir de ese año el término se instala en el vocabulario internacional y más precisamente cuando se refiere a la concepción de políticas económicas y eficaces que sean a la vez socialmente equitativas y ecológicamente tolerables. Conceptualmente estaba muy bien, nadie podría estar en contra de un concepto con un fin tan loable, pero había un problema, y es que a la hora de llevarlo a la práctica no había muchas ideas concretas acerca de cómo hacer conjugar la economía con lo social y lo ambiental, pues era extraordinariamente difícil de concebirlo, sobre todo en una época en la que si hablamos de proyectos de ayuda de los países desarrollados hacia los países en desarrollo, estos no cesaban de reducirse. Fue así como comenzó a diluirse y a perderse el interés en el desarrollo sostenible.

Conscientes de ello las Naciones Unidas sacaron un as bajo la manga, y eso ocurrió durante la cumbre mundial de Ambiente y Desarrollo realizada en Río de Janeiro en 1992. Ese as consistió en hacer de la noción del desarrollo sostenible el fundamento de la cooperación internacional. Originalmente, el concepto era solamente una orientación para los países en desarrollo, pero al convertirse en un elemento indispensable para el acceso, principalmente a la ayuda multilateral, resurgió el interés. Para la implementación de tal desarrollo, se elaboró la llamada agenda 21, que fue adoptada por 173 jefes de estado y de gobierno. Recordemos que esa agenda 21 tenía un subtítulo que dice que se trata de una estrategia mundial para el desarrollo sostenible. En efecto, la agenda no fue otra cosa sino un conjunto de 27 principios presentados como esenciales para alcanzar el desarrollo sostenible antes del fin del siglo 20.

Sin embargo, a pesar de todo ese esfuerzo, seguían existiendo dudas y ambigüedades por varias razones. Mencionaré sólo una de ellas y es que la agenda 21, a pesar de que se presentó como un manifiesto humanista al afirmar que la solidaridad es una necesidad entre países ricos y países pobres para lograr un mundo mejor, al revisarla se constata que la agenda se concentra principalmente en las preocupaciones ambientales y tiene muy poco de social, y de hecho el resultado de la cumbre misma fue exitoso fundamentalmente en lo ambiental pues se lograron convenciones internacionales sobre el cambio climático, la biodiversidad y se sentaron las bases para la convención de diversidad biológica e incluso se logró una declaración sobre los bosques, pero nada concreto en materia social. Esto explica el porqué de la extrema reticencia de los países en desarrollo de abordar el concepto del desarrollo sostenible, porque sencillamente lo percibieron como una especie de manipulación dirigida en contra de sus aspiraciones de crecimiento económico. Creo que puedo dar fe de ello porque estuve presente en esa cumbre.

Otro aspecto fue que a medida que pasó el tiempo el desarrollo sostenible pareció servir para todo, y cada quien se lo apropió y utilizó a su perecer, incluso sin tener una idea clara de su

significado. Así, comenzaron a aparecer políticas públicas sostenibles, las empresas comenzaron a hablar de métodos de producción y consumo sostenibles, convirtiendo al concepto en una especie de emblema o estandarte y también en un medio para procurarse la aceptación de interlocutores, socios y “targets”, sean estos electores, consumidores, benefactores o financistas. Es decir, que si mi política, mi producto o mi servicio lo promociono como sostenible, esto me daba un aire de respetabilidad. Por supuesto, no tardó mucho en convertirse también en un argumento publicitario, en el que cada quien tomaba el concepto para moldearlo de la manera que le fuese más apropiado a sus intereses. El resultado fue una confusión y el uso generalizado del término sin que la mayoría supiese exactamente de qué estaba hablando.

Para algunos se trataba de una estrategia para contener las amenazas que se ciernen sobre el planeta, es decir, la pérdida de biodiversidad, el cambio climático, la desertificación etc., para otros su propósito era atender las miserias humanas, la persistencia de la pobreza y las desigualdades crecientes, el hambre, la falta de agua potable; y para otros la falta de gobernabilidad o gobernanza mundial, los disfuncionamientos, las injusticias en las relaciones internacionales entre países ricos y pobres, las dificultades para adoptar reglamentaciones que permitiesen precisamente lograr un desarrollo más equitativo o para tratar de hacer respetar los tratados y convenciones internacionales existentes. Cuando advertimos que el desarrollo sostenible tiene que ver absolutamente con todo esto que acabo de nombrar, entonces nos alarmamos porque se apodera de uno el sentimiento de que el desarrollo sostenible no va a poder con todo eso, que no es más que una utopía al tratar de abordar tantos problemas. Sin embargo, el desarrollo sostenible ha vuelto a surgir con la aparición de los ODS, es decir los Objetivos de Desarrollo Sostenible, que son 17 objetivos que están todos perfectamente definidos y que buscan poner fin a la pobreza de aquí al año 2030 tratando a la vez de preservar la riqueza natural del planeta. Si esto llega a ser posible o no, es sin duda discutible, lo que no puede negarse es que el desarrollo sostenible cambió la orientación de las relaciones internacionales al darle la palabra a nuevos actores tales como las ONG, las asociaciones empresariales, el sector ciencia y tecnología y otros, privilegiando la participación, lo cual ha sido un gran paso hacia el entendimiento. Hoy día, pudiera decirse que el desarrollo sostenible es la cara positiva de la globalización, porque nos ayuda a entender la existencia de problemas comunes a toda la humanidad, que deben ser abordados globalmente y también localmente.